

Relatos



Belén Garrido Cuervo

RELATOS

Belén Garrido Cuervo

© Belén Garrido Cuervo 2006-2014

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción por cualquier medio y modo.

CONTENIDO:

La carta	4
Toscamente entretejidos	9
Pura	29

La carta

Abrí la puerta de la calle y me encontré con un día húmedo y oscuro. Vi con desaliento cómo los semilleros de las clavellinas se esparcían por el suelo y el viento se había llevado las capas de mantillo pacientemente amontonadas al pie de los árboles. La lavanda que remataba el camino estaba sin cortar, los bulbos estivales de las dalias sin sacar de la tierra y el perejil languidecía en las macetas, a merced de las primeras heladas. Había aceptado que el cuidado de aquel jardín quedara al albur de mis articulaciones, pero no lograba acostumbrarme. Embebida en la desidia que existía a mi alrededor me allegué hasta la verja y busqué el correo. Me apuré a recoger los coloreados pliegos de la publicidad y, al afirmarme en el bastón, un sobre resbaló de mi mano destacando su blancura sobre la hojarasca parda que cubría el camino. Sólo alcancé a echarle un vistazo, ocupada con mis torpes movimientos, pero fue suficiente. Cuando llegué a casa me senté en el sillón que reinaba junto al radiador apagado, me deshice del pañuelo que cubría los hombros, tomé un poco de agua de un vaso olvidado, encendí la radio,... la apagué. Hice todo, menos abrir el sobre que reposaba en mi regazo.

Hacía más de cincuenta años que yo tuve entre las manos una carta como esa. En aquella ocasión me había llegado a través del herrador que pasaba

por el pueblo el primer jueves de cada mes para hacer su trabajo. Yo sabía quién me la enviaba y la recibí con mucha emoción porque estaba segura de que comunicaba algo importante. Todo hubiera sido diferente si el mozo que la portaba la hubiera perdido por el camino. De esa manera yo no podría atribuirme a mí misma el haber jugado con el destino hasta torcerlo. Pero era entonces muy joven y la curiosidad me impidió pensar en otra cosa que no fuera devorarla. Lo hice en la cocina de casa, cuando me quedé sola. La leí con rapidez, un poco atolondrada; después respiré hondo varias veces hasta recuperar el pulso exacto del corazón y luego permití que el papel se consumiera en el fogón. Fue la única manera que se me ocurrió para conjurar aquel sencillo texto que me abrasaba y que su significado, las cosas que en ella me escribía el hombre del que estaba enamorada, no perdiera nunca la vigencia. Y que la emoción que me provocaban todas sus palabras se conservara así de intensa más allá de aquel instante. El papel desapareció con rapidez y yo sequé las lágrimas al calor del rescoldo. Luego dejé que la vida siguiera como si esos breves momentos durante los cuales tuve la posibilidad de cambiar mi futuro nunca hubieran transcurrido, aunque yo no pudiera quererle más ni esperar que ningún hombre me correspondiera en mayor medida que él lo hacía.

Me crié en una familia destruida por la guerra y assolada por la tristeza inevitable que vino después. Me hice mujer en una casa de mujeres

solitarias, sin dinero, mujeres que todas las noches repasaban las pérdidas en el tosco balance que hacían de sus vidas. Mujeres que culpaban a los hombres de sus desgracias, como yo misma, una hija sin padre.

Reunidas al calor del hogar y del lento asar de las castañas en otoño, a veces se hablaba del amor, pero sobre todo de sus trampas. Los hombres eran necesarios, sí, necesarios por sus brazos, por la posibilidad de un salario. Pero las más de las veces, los hombres se convertían en una carga inútil, sobre todo cuando el amor se hacía dueño de las voluntades. Porque el amor era para ellas una farsa, una coartada para incendiar los sentidos, que tornaba luego en una suerte de estafa inevitable. Del otro lado estaba aquel amor que me inculcaban las hembras tristes de aquella casa sin hombres en la que crecí. Ellas, con la infalibilidad que les daba su condición de matronas, resignadas pero fuertes, que salían adelante con las espaldas encorvadas por el exceso de trabajo, me animaban a buscar, no un amor, sino un apego práctico y alimenticio que me sostuviera hasta la muerte.

Tras el refugio de la guerra, en la que gracias a la ingenuidad de mis pocos años logré no ser del todo infeliz, ésa fue la cuna de mi adolescencia y juventud. Mal sitio para que prendieran los ideales del enamoramiento, del amor tal y como yo lo soñaba: el amor que dura para siempre.

Fue entonces cuando recibí aquella carta. Una carta en la que un hombre me contaba cómo me quería. Una carta en la que me juraba que aquello que sentíamos sería eterno.

Y yo lo creí. Por eso, el mismo fuego que destruyó la carta convirtió en humo mi respuesta y selló la decisión inquebrantable de no acudir a la cita que él me proponía.

Cumplió su promesa y, al no encontrar contestación por mi parte, nunca nos volvimos a ver, y con ello obré el milagro de conservar intacta mi capacidad de estremecimiento y de que no pasara un solo día sin que yo pensara en él. También he consumido los años con el temor de haber vivido una falsa biografía...

Pero esta carta, cincuenta años más tarde, me demuestra que no me equivoqué porque en ella, el mismo hombre cuyo recuerdo nunca dejó de enloquecerme escribe otra vez para demostrar que logramos hacer posible la clase de amor que yo ambicionara y él me prometiera.

Entre las cosas personales de mi madre encontré una carta... La remitía Francisco Estrada, un nombre que no había escuchado nunca. Mientras me demoraba estudiando la pulcra y temblorosa caligrafía escrita en el sobre, fui notando el dulce olor que impregnaba el manoseado papel. Tuve entonces la seguridad de que esa carta que me moría por leer había sido

muy importante para ella. Dándole vueltas a la tentación que para mí suponía aquel sobre, me acordé, no sé por qué extraña pirueta de la memoria, de aquel viejo desconocido que se acercó el día del entierro. Me había llamado la atención la sincera tristeza que emitían los negros ojos de aquel hombre apesadumbrado que a nadie me recordaba y, más ellos que su propia voz algo apagada, acertaron a decirme que nadie podría imaginarse cuánto lo sentía...

Dejé las cosas de mi madre como estaban. Entre ellas se quedó la carta. Ninguna de las dos llegó a leerla.

Toscamente entretejidos

Ganador del X Concurso Internacional de Relato Corto «Elena Soriano»,
convocado por el Ayuntamiento de Suances (Cantabria)

Querida hija Celia, espero que al recibo de ésta te encuentres bien... Si te escribo con tanta precipitación y desesperanza es porque... Tu hermana Carmen está en estado... Tu padre se puso como loco, ya conoces cómo es, ella calla, desafiante... Yo entiendo a tu padre... Quiero morirme, ¡Dios mío, qué vergüenza cuando todo el mundo se entere! No sabemos qué hacer... Carmen es sólo una niña... A veces pienso que tal vez cuando nazca la criatura... pero será tan difícil soportar las murmuraciones en el pueblo...

Así empezó todo. He pasado varios días revolviendo entre los muebles olvidados de la casa de mis abuelos con el fin de encontrar esta carta. Cuando la hallé, perdida en el interior de un carcomido y desvencijado baúl, confundida con los restos de otras correspondencias y documentos comerciales de la empresa de mis padres, las manos me temblaban y el corazón latía enloquecido. Hubiera querido no encontrarla. Pero tampoco hubiera cejado en su búsqueda hasta dar con ella. Y mientras la emoción se acrecentaba por el descubrimiento, los ojos resbalaban sobre unas letras que parecía que el tiempo hubiera preservado con una pátina de cera.

Mi abuela envió esta carta en octubre de 1963. Estaba escrita con las letras grandes propias de las caligrafías infantiles o de quien no está acostumbrado a este tipo de tareas. Las frases eran cortas y estaban desprovistas de alardes literarios, pero reflejaban la desesperación de una madre atribulada que buscaba alguien a quien confiarse. Celia, la destinataria, era su hija mayor, mi madre, que a principios de aquel año había ido a reunirse con su marido que estaba trabajando en Alemania desde hacía unos meses. Habían tomado la decisión de irse, como tantos otros en aquellos años, pensando que allí encontrarían una vida mejor ya que el campo no les ofrecía ninguna esperanza de prosperar. Yo era entonces una niña de siete años y, ante la imposibilidad de poder atenderme en aquel destino desconocido y frío cuya aridez se palpaba hasta en la brusquedad del idioma, se decidió que me quedaría en el pueblo a cargo de los abuelos y de mi adorada tía María del Carmen.

De esos primeros meses sólo recuerdo la tristeza causada por la ausencia de mi madre. El disgusto que reinaba en aquella casa de campo, grande y sólida, desde cuya galería de madera me asomaba a contemplar maravillada la cima nevada de la Montaña Grande, yo lo atribuí a esa pena personal y honda que me apretaba la garganta y que Carmen tenía la gracia de adivinar sólo con mirarme. Pero el motivo era otro. Con apenas siete años sufrí dos pérdidas seguidas porque poco después, repentinamente, los tersos y abrasadores

labios de Carmen pusieron un beso de despedida en mis mejillas. Me contaron a modo de toda explicación que también era necesario que ella se fuera a trabajar y que se marchaba una temporada con mis padres.

Durante aquellos días de ánimos revueltos dio en caer una lluvia leve como las lágrimas que rodaban por las mejillas de ambas. El otoño se presentó tan húmedo como frío y la imposibilidad de trabajar en las tierras hacía que los abuelos permanecieran mucho tiempo encerrados en la casa, enrareciendo el aire que respirábamos con frases desabridas cuyo significado yo no era capaz de comprender. Una vez que supe que ella también se iría, mi única preocupación fue permanecer a su lado todo el tiempo posible. Por eso puedo recordar el exiguo contenido de su equipaje hecho, como ella me decía a modo de consuelo, con lo justo para esta allí muy poco tiempo: unas pocas mudas blancas, un par de medias de seda, una blusa de color crema y botones de nácar, una falda marrón, unas zapatillas forradas de peluche y los guantes de lana que una amiga le regaló la noche antes de su partida.

Aún me provocan asombro las cosas que mi madre me contó antes de morir y que son la causa de este revuelo emocional que hace que me cuestione toda nuestra existencia. Escuché sus palabras como si provinieran del personaje de un libro, porque una desconocida me pareció esa mujer que, al mismo tiempo que nos daba la vida,

fue distribuyendo el papel con el que teníamos que vivirla. Han pasado varios meses desde su muerte y no puedo comprender qué pudo llevarla a confesarme acuerdos familiares tan discretamente guardados durante años y que, al fin y al cabo, no la concernían sólo a ella. Pero aún comprendo menos por qué fue más allá en sus confidencias. Por qué se empeñó en hacerme depositaria de un secreto íntimo trasmitiéndome con ello el veneno de una desazón que nunca tendrá remedio. Pero lo más desconcertante y doloroso para mí fue que mientras me hablaba, mientras desgranaba las palabras que, como marcas de fuego en la piel, así se me han quedado en la memoria, no logré adivinar en sus ojos ni una pizca de arrepentimiento.

En un primer momento intenté olvidarlo todo y concentrarme en la pena que me produjo su ausencia definitiva pero, según pasaron los días y las cuentas por la memoria, no pude negar que las palabras de mi madre tuvieron un devastador efecto. Y ahora no sé qué hacer. Puedo callar. Callar y continuar con nuestra vida como si los quereres no se hubieran removido.

Este desasosiego interior me ha llevado a repasar momentos cotidianos bajo la sutil clave de sus matices. Pequeñas cosas como esa forma que tenía Carmen de mirar al vacío algunas veces que hacía que me preguntara qué escondería tras la mirada esa mujer que yo creía que lo tenía todo para ser feliz. O esa foto que siempre estuvo a la cabecera de su cama y que ahora se convierte en

la llave maestra que me franquea todas las puertas del pasado. Es una imagen alegre, tintada con la luz brillante del verano y con el encanto especial del tiempo de vacaciones. Se trata de una foto de sus queridísimos sobrinos sentados sobre la toalla tras habernos dado un baño en la fría y abrupta costa del mar Cantábrico. En alguna ocasión la he sorprendido pasando sus dedos sobre la estampa en un gesto que quería ser una caricia. Allí están Guillermo y Daniel, los mellizos. Mis hermanos pequeños. Esos hermanos a los que yo no conocí hasta pasados casi dos años de su nacimiento.

En esa fotografía de la que hablo, los tres estamos sonriendo, mirando a la cámara sin disimulo. Felices. Confiados... Qué cruel se me hace ahora esta palabra. Yo estoy en medio de los dos. Tendré once o doce años, aparezco orgullosa en mi papel de hermana mayor y luzco una melena rubia que se desparrama espesa y húmeda sobre los hombros. A mi izquierda está Guillermo. Esboza una expresión abierta y una mirada dulce y cautivadora hasta el engaño. El cuerpo flaco le resplandece cubierto de gotas que parecen conservar el poder de salpicar todavía ahora, treinta años después. A mi derecha, Daniel, el otro hermano, tan distinto en todo. Lo veo sonriendo de oreja a oreja dando luz con ese gesto a sus inquietos ojos ambarinos y bellos. Una capa de pecas, de la que nunca se desprendió, cubre su nariz y parte de los pómulos y le da aquel aspecto

juguetón que tenía la virtud de conjurar cualquier preocupación de los adultos.

Ahora sé lo que ella guardaba en su pensamiento cuando se quedaba ensimismada con la yema de los dedos sobre la fría superficie del cristal. Ahora sé lo que pensaba cuando aparentaba no pensar en nada.

Mi madre me contó que al recibir aquella desesperada carta de la abuela que encontré amarilleada por el olvido se vio en la necesidad de encontrar una salida. Ella fue quien decidió que la única solución para tapar el escándalo que amenazaba a la familia estaba en hacer que ese niño naciera en Alemania con el fin de hacerlo pasar por hijo suyo ante los indiscretos ojos de su pequeño mundo. A mi madre también la obsesionaban de manera lacerante los comentarios de la gente. No era ésa, por otro lado, una práctica extraña en la pacata sociedad que imperaba en los pueblos de aquella España en blanco y negro, sin matices, desorientada por un catolicismo hipócrita que mortificaba a las mujeres. Por otro lado, María del Carmen era diez años menor y el carácter de mi madre no le permitía otra cosa que no fuera protegerla. Entre ellas hubo cinco hermanos varones que murieron al nacer. Ese fue el motivo por el que mi madre pasó de ser la primogénita, sin más, a un bien precioso que era necesario cuidar con esmero. El nacimiento de mi tía, después de tanto dolor y desesperanza, fue un acontecimiento celebrado como un milagro. Es seguro que la llegada de esa

niña la cogió desprevenida y un tanto malcriada. Pasados los años me confesaba que la llegada de aquella hermana la descompuso y recordaba muerta de risa cómo los primeros juegos con ella consistían en apretarle la nariz hasta que aquella cosa rosada y peluda se enrojecía y crispaba los dedos de las manos.

Verdaderamente, era mi madre quien siempre estuvo detrás de cualquier iniciativa de la familia. Si algo la resume en mi recuerdo es su carácter fuerte y emprendedor al que no se le ponía nada por delante. Era una mujer delgada cuyo frágil aspecto enmascaraba un carácter dominante. Mi tía Carmen contaba que el día que despedimos a mi madre en la estación con destino a Alemania, los únicos rostros descompuestos eran los nuestros. Ella, agarrada a su maletita, nos dijo adiós hasta que la perdimos de vista sin que a su rostro asomara emoción alguna.

Yo heredé de ella su mata de pelo claro, el verde irisado de los ojos y una piel blanca y delicada, enemiga del sol. Nada de mi carácter me acercó jamás a ella sino más bien me llevaba hacia su hermana, más cálida en el trato, dialogante y comprensiva. A veces pienso que tal vez por eso mi madre me dejó en herencia este dolor que ahora siento, esta perplejidad que me acompaña y todas estas dudas.

Conociendo todo eso no me resultó extraño escuchar que ella se hiciera cargo del problema familiar y dispusiera el destino de su hermana a

vuelta de correo. ¡Cuántos acontecimientos pasan agazapados por nuestras vidas! Ahora que me he convertido en un sabueso que olfatea hambriento las huellas de mis seres queridos, acierto a darme cuenta de que nada supe nunca sobre cómo fue aquella estancia intempestiva de mi tía en aquel país extranjero del que ella no pareció guardar ningún recuerdo. Ocupada como he estado con los acontecimientos de mi propia existencia, nunca se me ocurrió preguntar qué había pasado realmente durante ese periodo incierto del que poco se hablaba y nada trascendió.

En la fase última de su enfermedad, mi madre se apuró a describir cómo sucedieron las cosas y cómo el azar intervino. La suerte dispuso que cuando mi madre recibiera la turbadora noticia a través de aquella carta, ella también estuviera esperando un hijo. Y así, cuando el 30 de mayo de 1964 Carmen da a luz al suyo en un cuarto asfixiante y oscuro del pequeño piso de mis padres en la europea ciudad de Coblenza, en la que confluyen dos ríos, como si de un destino se tratase, su hermana salía de cuentas.

La tremenda voluntad de mi madre hecha de pedernal y dominio logró convencer a todos para ocultar el nacimiento del primer bebé y esperar, al resguardo del silencio y el secreto, al nacimiento del suyo propio que ya sabía cercano. Mi hermano nació siete días después al cobijo de aquella misma habitación de paredes desconchadas. Pasada una semana, los niños fueron asentados en el registro como hermanos mellizos. Ambas

madres habían sido atendidas por otras mujeres españolas que, como ellas, poco querían saber de la tierra guerrera, distante y húmeda que las acogía y que sabían comprender como una sola las limitaciones de la sociedad de la que provenían y a la que, pese a todo, soñaban con volver.

Cuántas veces me digo cada día que debo olvidar todo esto. Cuando no estoy pensando en el pasado me estoy preguntado qué sentido tiene hacerlo. Y no encuentro la respuesta a esta pregunta que no puedo compartir con nadie, como ignoro igualmente cuál es mi obligación de ahora en adelante para con las personas amadas que me quedan.

A través de las cartas que se intercambiaban puntualmente supe del nacimiento de mis hermanos en aquella ciudad inaccesible con un nombre de cuento. Otro duro golpe para mi mente infantil. Más abandono, si pudiera caber más, en la mente de una niña que no entendía lo que estaba pasando. Sólo acertaba a pedirle a Dios, arrebujaada entre las mantas ásperas y pesadas que no terminaban nunca de templarme, que todos volvieran, incluso ellos, esos niños desprovistos de rostro que me estaban disputando lo que más amaba. Ésa era la promesa solemne que hacía cada noche con los ojos muy apretados a ese Dios al que ahora vuelvo como antaño: querer a mis hermanos con tal de todo volviera a ser como antes.

Pero las cosas nunca regresan intactas, ni los sueños se cumplen en los términos pactados. A mediados del verano de 1964, la abuela enfermó. Otra tristeza. Sólo el roble que veía desde la ventana de mi habitación permanecía erguido, imperturbable, dejando que el aire campase a su antojo entre las hojas, trasladándome con su porte, su copa amplia y reposada, su corteza resquebrajada, pero firme, la seguridad que me faltaba.

La gravedad de la abuela motivó que su marido escribiera desesperado y triste a sus hijas contándoles la situación y pidiendo encarecidamente que Carmen regresara. Ella llegó a mediados de agosto. Lo hizo sola. Y ahora puedo imaginarme hasta qué punto sus querencias estaban divididas cuando llegó.

En Alemania quedó el resto de la familia. Mi padre, trabajando doce horas diarias en una empresa de transformados metálicos, y mi madre, haciendo lo imposible para atender a los hijos, multiplicar la hacienda familiar y soñando con el momento de volver para quedarse.

La abuela nunca se recuperó de su enfermedad. Ésta se instaló en su cuerpo menudo transformándolo en un tirano que acaparó durante algunos años la voluntad de todos. Su estado requería la presencia frecuente del médico el cual ejercía sobre ella una influencia más bien sedante que verdaderamente curativa. Jacinto era un joven agradable y amable, alto, un tanto

desgarbado, entrecano a pesar de su juventud, fumador empedernido y conversador inagotable. Dado que el estado de su paciente no requería de urgencias, se dejaba pasar a última hora de la tarde y, tras visitar a la enferma, se demoraba por la finca parlamentando con el abuelo, aceptándole el vino que generosamente éste le ofrecía y viendo a los animales en sus cuadras, ya que siempre comentaba entre risas que él había aprendido de los veterinarios lo poco que sabía de medicina.

Mi madre me contó que Carmen se enamoró perdidamente de aquel hombre alegre que sabía darle a la vida un toque de gracia, que como dotado de una varita mágica pasaba por ella trocando en bueno lo malo, en blanco lo negro y que con su sola presencia hizo desaparecer el gesto adusto que estropeaba el bello rostro de mi tía. Mientras me describió aquellos meses de cortejo, creí adivinar que no aprobaba esa relación que ella fue adivinando desde su exilio a través de la lectura que, entre líneas, hacía de las cartas que le llegaban del pueblo.

Fue de las pocas preguntas que me atreví a hacerle interrumpiendo su relato. Le pregunté por qué. Le pregunté por qué yo tenía la impresión de que no quería que su hermana fuera feliz. Y tras un momento durante el que me miró como se mira a una persona que no ha entendido nada, me dijo que porque su hermana no merecía ser feliz. Porque nada podía hacer para que la perdonara. Porque no podía exponerse a que todo se conociera y destruir con ello la honorabilidad de la

familia. Porque nunca podría ocultarle a aquel hombre culto y de mundo que no había sido el primero y que había parido un hijo. Y porque no merecía la clase de vida acomodada que podía ofrecerle aquel partido.

A estas alturas, y pese a las ventajas que me proporciona el tiempo transcurrido, no logro adivinar cómo se fraguó aquel noviazgo que pasó inadvertido para todos. Sólo sé que Carmen se casó con Jacinto sin esperar siquiera a que asomara la siguiente primavera para adornar con sus flores el traje de novia que lució hermosa y radiante camino del altar y que desde entonces no ha pasado un solo día en el que hayan dejado de quererse y ser felices. O eso quiero creer ahora que ya no creo en nada.

Mi madre anunció su regreso definitivo unos meses después de esa boda, aunque mi padre continuaría allí aún de forma indefinida. A ella, su permanencia en aquel país se le hacía insostenible. Estaba alejada de su hija, sabía a su madre muy enferma y con los niños pequeños le resultaba imposible continuar con el trabajo que era, al fin y al cabo, lo único que había ido a buscar. Mi tía y su marido se habían instalado en la casa familiar que era grande y tenía sitio para todos, pero con la llegada de mi madre, ellos decidieron buscar acomodo en la villa, que no distaba más que un par de kilómetros del pueblo.

El día fechado para la llegada, Carmen, que se ocupaba diariamente del cuidado de su madre, me

despertó temprano. Ninguna de las dos podía ocultar el nerviosismo. Me había comprado un precioso vestido azul pálido con una chaqueta a juego y unos zapatitos de charol. Mil veces me repitió lo guapísima que estaba y lo feliz que sería mi madre al verme, al abrazarme, al darme uno tras otro todos los besos que tenía guardados para mí desde hacía dos años. Me peinó cuidadosamente la melena rubia, recogió parte del cabello con un lazo de seda de igual color que el vestido y me perfumó cuidadosamente. Jacinto nos llevó a la estación en su coche nuevo del que aún recuerdo el intenso olor a cuero que lo caracterizó durante años. No guardo muchos más detalles de aquel día, sólo que cuando descendieron del tren, yo esperaba a mi madre y a mis hermanos aferrada a la mano de mi tía. Pero en mi recuerdo se cuela la fuerza con la ella apretaba la mía en un gesto que ahora adquiere todo su valor.

Daniel y Guillermo fueron unos niños a los que aprendí a querer desde el primer momento. Los mimos que mi madre me prodigaba sin medida, verdaderamente encantada de recuperar a su hija, el cariño siempre atento de la hermana omnipresente, la predilección descarada que el tío Jacinto tenía por mí fueron factores determinantes que ayudaron a compensar con creces la soledad de los años anteriores.

Si me hubiera parado a reflexionar sobre todo esto hace unos meses seguramente diría que nunca vislumbré en Carmen un atisbo de

predilección por alguno de sus sobrinos. Tampoco en mi madre por ninguno de sus hijos. Durante los años de la niñez nunca pensé que hubieran dado un beso más apretado que otro, ni una palabra de amor que no fuera compartida, ni un mohín de disgusto que no fuera merecido. Nunca nada me hizo pensar que uno de aquellos niños que bañaban, que acompañaban al colegio, que velaban en sus fiebres infantiles, que querían entrañablemente, fuera hijo de la otra.

Tres años más tarde mi padre regresó. Sigo percibiendo esa época como un tiempo de felicidad y sosiego, como un tiempo de merecida calma sólo rota por el fallecimiento de la abuela, que tuvo el consuelo de vernos a todos reunidos al pie de su cama. Con los ahorros conseguidos en aquellos años de sacrificios, y con el apoyo económico de Jacinto, mi familia abrió un negocio en la ciudad y con ello, las obligaciones domésticas asumidas por mi madre recayeron de nuevo sobre la hermana. Una vez más fue mi madre la impulsora de la iniciativa. La recuerdo haciendo cálculos sobre la mesa de la cocina después de recoger los platos de la cena; convenciendo a mi padre, que terminaba el día asintiendo entusiasmado y amanecía meneando la cabeza en un gesto inequívoco de duda; conversando con el cuñado, en el que encontraba un enardecido adepto que no hacía otra cosa que multiplicarle el afán emprendedor. Finalmente, el negocio se abrió en la primavera de 1970. Fue el primer comercio de repuestos para automóviles de la comarca y

durante más de quince años, el único. Se llamaba Recambios Alonso y lucía un rótulo grande y luminoso que convirtió la zona en la que se encontraba en un punto reconocido en toda la ciudad.

Pienso desalentada que sobre mis hermanos no tendría mucho efecto el saber que verdaderamente no lo son. La vida ha sido muy desigual con ellos en lo que le ha ido exigiendo a cada uno. Tan diferentes como aparecen en aquella fotografía estival, tan distintos han sido en sus decisiones personales, en los caminos por los que han dirigido sus vidas. Hace mucho tiempo que no estamos los tres juntos. Ni siquiera la muerte de mi madre, la primera vez que pude observar a todos bajo una nueva perspectiva, logró reunirnos más allá de unas pocas horas en las que, por otro lado, casi nada tuvimos que decirnos. Durante el entierro, como en aquella foto infantil, yo permanecí entre los dos, orgullosa de mi condición de hermana mayor, feliz de tenerlos a mi lado de nuevo. Pero, a diferencia de entonces, se nos había consumido la confianza que llevábamos en la mirada. No sé muy bien en qué momento ellos se fueron distanciando entre sí, ni en qué momento, y pese a mi debilidad por Guillermo, yo también dejé pasar el tiempo sin saber nada de él.

Empezaron a diferenciarse durante su adolescencia. Daniel, revelando poco interés por las salidas y las juergas y más por los estudios y la política. Ya desde niño ponía a prueba la

paciencia de todos con su retahíla infinita de preguntas a las que era imposible responder porque su cuerpo menudo, su rostro pecoso, desaparecía de la vista apenas quedaban formuladas. Siempre oí comentar con satisfacción que Daniel no había dado un problema. Nunca las dos hermanas se mostraban más orgullosas y felices que cuando hablaban de él. Pero de la misma manera que en la niñez nunca observé diferencias en el trato, si de algo tampoco tuve duda fue de que, una vez se fueron conformando los destinos de cada uno de nosotros, Daniel se convirtió en cosa suya, de cada una de ellas, quedando Guillermo en un olvidado y tremendo segundo plano, como en tierra de nadie. Carmen aprobaba enfebrecida cada una de las ideas del que, sin duda, se convirtió, a los ojos ajenos de la gente, en su sobrino favorito. Lo secundaba económicamente en cada una de sus iniciativas, escuchaba embobada cada una de sus palabras y trataba sus muchas debilidades como si éstas no existieran. El comportamiento de mi madre era más de lo mismo: se deleitaba con sus progresos como con un dulce, saboreaba sus buenas notas y no se cansaba de alabar la bondad de su comportamiento y sus intenciones. En algunas ocasiones, cuando Carmen, henchida de orgullo, hablaba de su sobrino en presencia de más gente, creí vislumbrar en mi madre un gesto ambiguo entre la superioridad y la conmiseración, como si la compadeciera, gesto, al que se me hacía muy difícil encontrar algún sentido.

Nunca hubo lugar a que Daniel se interesara por el negocio familiar porque enseguida se reveló en él un gran interés por las formas, los colores, los volúmenes. Con dieciséis años apenas y la cara salpicada por las marcas del acné, nos deslumbró a todos una tarde de otoño descubriéndonos la cara desconocida de nuestra vieja ciudad de siempre, contándole los siglos a la iglesia y al resto de los numerosos monumentos que nos mostraba y describiendo los estilos bajo los que se habían diseñado y construido, poniendo con aquella acción los cimientos al futuro al arquitecto que sería. En cuanto a la política, los hombres de la casa encontraron en él un acérrimo defensor de las ideas que ellos llevaban atragantadas durante años de dictadura. A Daniel se le fue descubriendo como un joven inteligente, rápido, despierto, pero nadie parecía darse cuenta de que, acaso consciente de la admiración que alimentaba su talento, también se le había despertado una cierta tiranía.

Guillermo era el encantador de serpientes, el inconsciente que, pese a los reveses sufridos en la vida, nunca perdió la sonrisa ni las ganas de divertirse, ni las de caer una y otra vez en cuantas tentaciones le salían al paso. La adolescencia se manifestó en él como de golpe, plagada de experimentación y desasosiego, de problemas, y más, en contraposición con la del hermano. No puedo decir que la familia se hubiera desentendido de él cuando empezó a desdeñar los estudios ni cuando rechazó la posibilidad de trabajar en el

negocio familiar. Fue otro tipo de desentendimiento el que sufrió. En cierto modo, yo, que lo quería entrañablemente, que conocía su trasfondo sensible y su incapacidad de competir con el hermano, me culpo de no haberlo defendido mejor y no asegurarme que nunca olvidara el camino de vuelta el día que decidiera volver de aquella clase de vida que iniciaba y que seguro aborrecería tarde o temprano.

Nuestro padre estaba embebido en su floreciente negocio y las circunstancias especiales de su vida hicieron que, si bien nos amara entrañablemente, siempre delegara en cualquiera sus obligaciones para con nosotros. Él se mostraba satisfecho con vernos crecer fuertes y sanos y con poder darnos el mayor bienestar económico que estuviera en sus manos. Fue un trabajador infatigable al que no le quedó tiempo siquiera para distinguir entre sí los rostros de sus hijos. Nos contaba, no sabría decir si con dolor, cómo al llegar a su fría casa alemana siempre los encontraba dormidos, de modo que el día que estaba con ellos eran como dos desconocidos que cambiaban día a día bajo su sorprendida mirada.

Me acuerdo del primer día que Guillermo no vino a dormir a casa. Era nuevamente un otoño frío y húmedo. Guillermo quería pasar el fin de semana con unos amigos que en casa no se consideraban recomendables y a una edad que no se veía oportuna. Después de mucho discutir, no obtuvo el permiso. Cuando salió por la puerta, se despidió de mí con la sonrisa encantadora y bella

que empleaba para enfrentarse, me temo, incluso a su propio miedo.

Aquel acontecimiento supuso una pequeña revolución familiar en la que Daniel y yo adoptamos posiciones contrapuestas y desde entonces irreconciliables. Le pedí a mi tía que hablara con Guillermo, que usara con él el verbo amable, la mano tibia, la mirada franca que tenía siempre dispuesta para el otro y que intercediera por él ante el resto de la familia en una cuestión importante que corría el riesgo de enquistarse, como así fue. Ella me sorprendió diciendo que estaría encantada de hacerlo, pero que ese muchacho tenía una madre... ¡Cómo resquemam a veces las palabras! Y esa madre, por su parte, mantuvo una actitud distante y fría para con ese hijo, una actitud incomprensible, pero que yo atribuí entonces a su incapacidad para perdonar, a su rigidez, a su dificultad para comprenderle.

Mi madre falleció al amanecer de un jueves que se preveía nublado y se tornó soleado sólo unas horas más tarde, como si de una burla se tratase. Lo hizo después de contarme lo que yo había ido intuyendo desde que comenzara el lento desgranar de su relato y que nunca hubiera deseado escuchar. Con qué desesperación le pedí que se callara. Con qué desesperación mis ojos buscaban de nuevo la seguridad del viejo roble que aún veía firme desde la ventana. Pero no. Ella se aferró a mis manos con sus eternas manos frías y no descansó hasta contarme con todo cuidado cómo cambió la identidad de aquellos niños que

quedaron a su abrigo cuando Carmen tuvo que regresar.

Me dijo que lo hizo al amparo de la distancia y la soledad y con la seguridad de que hacía lo que debía, porque existen errores que no deben perdonarse. De esta manera, la criatura nacida de la hermana, que recibió sus primeros besos y estuvo siempre en el cariño y la memoria de su madre bajo el nombre de Daniel, era en realidad el niño que al bajarse de aquel tren recibimos con el nombre de Guillermo. Éste es el drama que nunca quise escuchar. Saber cómo mi madre condenó a su propia hermana a querer al hijo equivocado. El Daniel que Carmen recibió con dos años, al que esperaba aferrada a mi mano de niña asustada, al que abrazó como sólo se abraza a un hijo, al Daniel que acabó de criar y al que amó sobre todas las cosas, no era otro que su sobrino. Sólo mi madre se arrogó el derecho a conocer toda la verdad y concentrar con ello en aquel chiquillo, el verdaderamente suyo, un doble amor de madre, dejando que el otro se condenara bajo el peso de una doble y terrible orfandad.

Bajo la dureza de aquella ciudad de hermoso nombre, ella trabajó pacientemente la urdimbre del engaño y se fue sin demostrar una pizca de piedad para con ninguno de nosotros. Y a mí me dejó la certeza de que hemos echado nuestras raíces en las tierras movedizas de lo falso y que nuestros amores navegan sobre una frágil balsa de troncos toscamente entretejidos....

Pura

1.

Esta mañana una mujer me ha abordado en la calle y, apuntándome con su índice largo y huesudo, me ha dicho que yo era una puta. Fueron sólo tres palabras «eres-una-puta», pero escupidas más que pronunciadas, con tal carga de rabia contenida que restallaron como balas. Luego dio media vuelta y se fue tan rápidamente como llegó; la perdí de vista al doblar la esquina. El encuentro me dio qué pensar porque no reaccioné de ningún modo. Me quedé frente a ella, en medio de la acera, intimidada, llena de vergüenza. Y ahora, que ya estoy un poco más tranquila, ese sentimiento me descoloca porque todo el mundo da por hecho que las mujerzuelas somos por definición unas desvergonzadas. A lo mejor es que soy una puta excepcional. En cualquier caso, me encaminé hacia casa y cuando llegué, Celestino ya estaba esperando en el portal. Mi pisito está en el centro y, en contra de lo que pueda creerse, empiezo a trabajar muy temprano y trasnocho poquísimo. Con el tiempo he conseguido una clientela de señores respetables. Celestino, por ejemplo, fue un alto funcionario de la Comunidad. Está retirado desde hace años y lleva una vida acomodada. Es un hombre menudo, un tanto cascarrabias y muy meticuloso. Le gusta la conversación, la rutina y se le nota el mando que tuvo. Por darle un poco de conversación, le

comenté el percance que acababa de sufrir. Noté en él un respingo y a continuación me pidió una descripción de la mujer. Cuando se la di, lejos de conformarse, me pidió más detalles. Conociéndolo, temí que acabara solicitando un informe. Pero no. Se quedó un momento en suspenso y llevando su pequeña mano al mentón, murmuró:

—Es Pura, no cabe duda. Es Pura. — Seguramente creyó necesaria una explicación porque levantó la mirada hacia mí y añadió: — Pura es mi esposa.

Sonreí con una pizca de picardía mientras le ayudaba a quitarse los zapatos y le recordé que él me había jurado al poco de conocernos que era un hombre viudo.

—Es que lo soy, por eso me preocupa que Pura ande por ahí.

Soy una puta. Trabajo por dinero y porque a los dos años de casada mi marido me dejó por otra. En aquel momento el mundo se vino abajo. Pero no me aplastó. Gracias a Dios no teníamos hijos y tiré por lo que tenía más a mano, pero con la cintura necesaria para evitar depender de un chulo. Mi reclamo es algo así como el de esos restaurantes a los que acude la gente buscando la comida de casa, pero fuera. Naturalmente a veces aparece un tipo raro, pero no sé si es la experiencia o la vocación, el caso es que nunca me he visto en situaciones especialmente graves. Será que, ante la duda, prefiero perder un cliente. Y me fui especializando en señores como Celestino, que se conforman con un poco de

francés, algo de números, una sonrisa y que huelga a gloria. Y pienso todo esto porque me hizo muy poca gracia el asunto ése de la esposa muerta, porque no había detectado en aquel hombre ninguna chifladura.

2.

Tenía que pasar. Tarde o temprano esto tenía que pasar. Estoy seguro de que me espera en casa dando vueltas, fisgando armarios, resoplando y meneando la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, sin encontrar nada a su gusto. Me juró que estaría siempre conmigo y yo no debí tomar a la ligera su promesa sabiendo de sobra cómo es y sabiendo de qué forma se fue. Lo que me extraña es que haya tardado tanto. No puedo sacarme de la cabeza los ojos vidriosos, la expresión con la que ella dio su último suspiro, como si hubiera descubierto en los créditos de un libro a un autor inesperado. Lamento los errores que cometí después, como salir a bailar el mismo día que pagué su entierro o regalar a otra mujer la estola de visón con la que siempre quiso que la amortajaran. Creo que me cegó la novedad. No sé cómo pudo ocurrirme esto a mí, a mí, que me he dedicado la vida a la precisión de la química. La ofendí con mi actitud y ahora que ya es un poco tarde comprendo que debí ser más reflexivo. Y creo..., bien, creo que... me precipité... ya está, lo reconozco. Antes de pensar en matar a mi esposa yo debí intentar que ella comprendiera que yo necesitaba algo que no podía darme. Tal vez insistiendo mucho, encariñándola, lo hubiera

conseguido... Pero, ¡qué va, qué va! La conozco muy bien. Al final no me quedó más remedio que hacer lo que hice. Porque aun cuando hubiera consentido en ello, ¡me quería tanto!, sé que tarde o temprano estallaría. Pura es una mujer de sólidos principios y de una moral extraordinaria.

La *Niña* dice que la mujer estaba pálida y ojerosa. Me imagino que ahora ya no le será tan fácil enrojecer cuando se enfurece. Sé que es un tópico, pero cuando se enfadaba mi Pura se ponía roja como una amapola y le brillaban los ojos verdes y se le agitaba un poco la respiración... ¡cómo me gustaba verla así!

Ahora la *Niña* me habrá tomado por loco, pero no podía ocultárselo porque estoy seguro de que el episodio de hoy se repetirá. Pura no acostumbra a soltar bocado e insistirá hasta que esta chica me deje. El problema es que estoy muy encariñado, para qué negarlo. Ahora que, ¡menuda puta está hecha! En eso Pura tiene una razón como una santa. No sé qué va a pasar, ni si podré continuar con esta relación. Pensaba pedir a la *Niña* que se casara conmigo pero, con Pura en casa... Porque Pura ya lleva en casa varios días. Nadie sino ella podría estar en el origen de ese rumor de agua cristalina que circula bajo el pasillo a todas horas; de esas cálidas corrientes de aire y de la inquietud que amenaza los goznes de las puertas y en el inconfundible aroma que impregna el aire que me hacía echarla de menos.

Nunca tuve miedo a la verdad y jamás dudé a la hora de tomar las decisiones. Así que cuando llegue a casa hablaremos, ya no tiene sentido que se esconda. Nos sentaremos y charlaremos con

serenidad. A los dos nos conviene entendernos y... no negaré que me apetece verla.

3.

Cuando aquella tarde llegué a casa, ella me recibió como yo esperaba: por las malas. Durante un rato interminable volaron las cortinas en las estancias clausuradas, se desencajaron las fotografías familiares de sus molduras antiguas y tuve que refugiarme detrás del gran sofá de terciopelo porque la muerte no había hecho sino afinarle la puntería.

Le supliqué que me escuchara y desde mi escondite no dejé de susurrarle una tras otra las mil palabras que desde su muerte se me habían atascado en la garganta, hasta que cesó el movimiento incontrolado de los amados objetos que fueron nuestros. Cuando accedió a escucharme me presenté ante ella. La encontré desmejorada, triste, pero, aún con la rabia atravesada en el rostro, noté que la muerte no le había agotado la generosidad ni había mermado la elegancia que naturalmente emanaba de ella. Es decir, todo lo que me había enamorado. Creo que nunca hablamos como lo hicimos aquel día y nos escuchamos como no recordaba y, sorprendentemente, nos fuimos llenando de esperanza.

Conozco a mi mujer y sé que, aunque lo intente y lo prometa, no está en su naturaleza el olvidar las cosas que han pasado. Ella lo rumia todo. Pero

accedió a quedarse en casa y a darme otra oportunidad. Prometió darse tiempo a sí misma para volver a quererme como en el fondo sé que nunca ha dejado de hacerlo. A cambio sólo me pidió que yo olvidara a esa mujer de mala vida que, verdaderamente, no busca más que nuestro dinero. Una mujer que, ahora lo comprendo, se apropió de mi honradez con artes que no se nombran y ha sido la única culpable de mi mala hora.

4.

Celestino está más raro cada día. Pobre hombre. No hemos vuelto a hablar del asunto de su mujer, pero desde ese día no es el mismo porque me espía y disfruta molestándome. Ya no me hace regalos y cuando le demando mis honorarios aprieta los labios y mueve ligeramente la cabeza como si le estuviera dando la razón a alguien. Siempre está malhumorado, reprocha iniciativas que antes aplaudía, pero luego tiene detalles que me ablandan, como las delicias que me trae a diario porque está preocupado con la idea de que me estoy quedando muy delgada. En eso tiene razón, de un tiempo a esta parte no me encuentro nada bien. Le sigo la corriente y pico algo. Veo que eso le satisface mucho y quiero complacerlo. Sé que en el fondo todo lo que le pasa son cosas propias de la vejez. Sólo espero que no le dé un día un ataque estando conmigo. Que se le muera a una un cliente en casa es fatal para la reputación.

5.

Desde que mi esposa está en casa, todo tiene un aspecto diferente. Ha recobrado el color, la luz, la forma, el aliento. Camina a mi lado por la calle y me toma de la mano por las noches. El tiempo nos está ayudando a recobrar la normalidad, la complicidad, la felicidad de los dos viejos amantes que hemos sido. Paseamos por los parques y tomamos café en las terrazas de la plaza. Ahora estamos empeñados en devolver mi colesterol a niveles tolerables y en abordar el destartalamiento de tu tensión arterial. Cuando logremos rescatar la salud del abandono pensamos hacer un largo viaje. Un crucero, tal vez. Pero hoy es un día un poco especial. Acabamos de asistir a un funeral. Una vieja conocida de ambos ha fallecido.